

Los Hermanos Que Tenían Un Millón De Amigos

La primera vez que vimos la hazaña prodigiosa de los hermanos gemelos fue un jueves de una semana cualquiera. El maestro quiso coger un gis pero, por accidente, volcó la caja completa. Los gises cayeron al suelo, se rompieron, y los pedazos se extendieron por la tarima como diminutos ríos congelados.

– ¡321!- dijeron los gemelos al mismo tiempo.

El maestro los miró ceñudamente.

– ¿Qué?

– Son 321- repitió uno de los gemelos.

Y el otro completó:

– Los gises.

El maestro enrojeció, resopló, pero terminó poniéndose en cuclillas.

– Uno, dos, tres...- fue contando cada vez que cogía un pedazo de gis y lo devolvía a la caja.

Cuando terminó, todos aguantamos la respiración.

– 321- repitió incrédulo, y luego agregó para sí- . No puede ser.

Así que sacó una cajetilla de cerillos y la vació en su escritorio.

– ¿Cuántos?- preguntó.

Los gemelos extendieron el cuello como tortugas para mirar el montón de cerillos, luego se contemplaron entre sí y murmuraron juntos.

– 173.

Y 173 fueron los cerillos luego de los cinco minutos que el maestro demoró en contarlos.

Entonces manoteó para acallar el espontáneo aplauso del grupo que se dio en ese momento.

– ¿Cómo pueden contar tan rápido?- interrogó con el gesto duro, igual que cuando sorprendía a alguien cometiendo una falta.

– No contamos- respondió uno de ellos- , simplemente lo vemos.

Y así, los hermanos gemelos percibían todo de un vistazo. Mientras nosotros percibíamos cosa por cosa, ellos veían en racimo, como los racimos de uvas. Así habían visto los gises, igual que un racimo de tubitos blancos; así habían visto los cerillos, como un racimo de cabecitas rojas que olían a fósforo.

Al día siguiente, apenas vieron entrar al maestro, los gemelos dijeron:

– Cien mil trescientos veintitrés.

- ¿Qué?- musitó el maestro como el día anterior y por más que buscó con los ojos en el suelo y el escritorio, nada encontró.
- Pelo- dijo uno de los gemelos.
- Es su pelo- respondió el otro. El maestro levantó la mirada, se tocó la cabeza y luego caminó hacia la pizarra. Lentamente escribió los seis números en la parte superior:

100323

Luego, todo ese día –lo hizo igual mientras nos daba la clase de historia, al regresar del recreo, a la hora de dictar la tarea- , todo ese día se volvió por sobre su hombro para mirar el número en el pizarrón.

100323

100323

100323

Como si supiera lo que pasaría el lunes siguiente.

Y así. Lo que pasó el lunes siguiente fue:

- Noventa y nueve mil novecientos veintiuno- murmuraron los gemelos como si dijeran "buenos días" cuando vieron llegar al maestro.

Y éste, sin decir nada, escribió la cifra debajo de la anterior:

100323

99921

Y luego restó.

La verdad es que se equivocó muchas veces hasta que llegó al número correcto con una palidez cadavérica en el rostro.

- Cuatrocientos dos.

Y todos sabíamos lo que eso significaba: del viernes al lunes, su cabeza ya no tenía 402 pelos.

Después, el maestro empezó a hacer divisiones mientras murmuraba "viernes, sábado, domingo", y comenzó a sacar porcentajes y otras cosas que ni siquiera nos había enseñado, y para que no lo distrajeramos, nos dejó hacer una numeración de tres en tres hasta el cuatro mil quinientos.

Al día siguiente fue la primera vez que usó la boina verde, misma que después nos acostumbraríamos a encontrar invariablemente en su cabeza.

Esto sucedió cuando todavía se les creía a los gemelos. Pero después ellos empezaron a hacer conteos realmente increíbles.

Se paraban en un extremo del campo de futbol y decían:

- Un millón ochocientos veintiún mil seiscientos doce.

¿Y quién iba a agacharse y gatear por todo el campo comprobando que exactamente ésas eran las briznas de pasto que verdeaban el terreno?

En el comedor iban de mesa en mesa murmurando cifras también descomunales con sólo un vistazo a los granos de azúcar de cada uno de los azucareros.

Por esos días los llamó el director para hablarles de un concurso de matemáticas a nivel nacional. Lo raro es que los gemelos no eran mejor que nosotros para realizar una simple suma. Nosotros ya lo habíamos comprobado en el salón y el maestro lo confirmó. Sin embargo, el director no acababa de convencerse, así que los mandó llamar a la dirección y les puso una prueba más o menos sencilla. Al parecer resolvieron muy mal el examen porque de allí en adelante el director los dejó en paz.

Pero en el colegio se rumoró otra versión. La versión decía que fue mientras intentaban resolver los ejercicios impuestos por el director. Que en la pared de la oficina había unas reproducciones puntillistas, esos cuadros que se pintan con puros puntos para ir creando las figuras; pero no sólo eran los cuadros; que la alfombra era de lunares diminutos como hormigas; y que en el escritorio había una fotografía donde se extendía infinitamente un desierto; y que también había una enciclopedia y que la enciclopedia estaba abierta en la palabra "firmamento" y que allí había una fotografía del cielo nocturno. Lo que dice el rumor es que ni siquiera resolvieron el examen. Que fue automático. Los hermanos gemelos comenzaron a pronunciar cifras estratosféricas. Cifras para los puntos del cuadro y para los lunares de la alfombra y para los granos de arena del desierto y para las estrellas del cielo que mostraba la enciclopedia. Y que el director no pudo más. Y empezó a gritar: "¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!", y así fue como se terminó aquel asunto del concurso nacional de matemáticas.

El caso es que dejaron de creerle a los gemelos.

– ¡Mentira!- les gritaban cada vez que veían un racimo de algo, un racimo de automóviles en la autopista, por ejemplo, porque siempre es más fácil negar lo que no entendemos.

A ellos no les importó y siguieron con su comunicación numérica. Así hablaban entre ellos: uno decía el número de hormigas de un hormiguero y el otro le respondía con el número de hojas que tenía el roble de la escuela. Cuando fue el bailable de la primavera, ellos se dedicaron a contar los pasos de los bailarines durante la exhibición.

Vivían en su mundo de números y allí eran felices.

El problema es cuando algo o alguien se acercaba a ellos, porque en ese preciso instante lo transformaban en cifras. O sea que todo lo que tocaban los ojos de los gemelos se volvía numérico, aunque ese alguien tuviera otras intenciones, algo así como ser su amigo.

– Hola, yo me llamo Francisco- recuerdo que murmuré.

Y ellos respondieron como si yo fuera un juego de piezas y me estuvieran desarmando-

– Cinco palabras.

– Veintidós letras en total.

– De ellas, nueve son de su nombre.

– Mil ciento catorce cejas.

– Trescientas veintiséis pecas.

Era imposible comunicarse. Y sin embargo, entre cifra y cifra numérica, lograron mostrarme un poco de su mundo.

321

12368390

16739998837976

25789997702898899899888

918938108398989392927947297

972996|15|678|818919991191010198

6653|68|638|8881887

6737

4

5793

98568754

4326894717893

654997467378

764993426

544

64716416416|998681

37264812890|704708|046618161

67783897368649|49846746881867

64127641648164816849184684694'3978'|9848401'100902'100902'10291

5476518764814874628719482911929998498409'104'13'84848

247|7164387|67264276|766276317|9772898372191973737791717

0

42|47|3372179802098420002940292'04249599693993527866816

523572

4684691911

7882

3984091

- Sólo vemos números.
- Son nuestra familia.
- Cuando reencontramos un número conocido es como volver a mirar a un viejo amigo.

Yo los miré sin comprender.

- ¿Conocido?- dije, creyendo que quizá no había escuchado bien.
- Sí, para nosotros los números no son los signos que se escriben en el pizarrón.
- Los números son cosas. Son reales. Están en el mundo volando en forma de abejas o saltando entre la maleza en forma de grillos.
- Siempre nos acordamos de la primera vez que nos topamos con un número.
- Cuando lo conocimos.
- Como si te miraras los dedos y supieras que allí fue la primera ocasión que viste el cinco.
- Todos los números aparecen una primera vez.
- Y es maravilloso porque sabes que acabas de encontrar a un nuevo amigo.

Yo no supe qué decir.

Ellos me miraron, murmurando una cifra, quizá de todas las ideas revueltas que tenía en mi cabeza y se dieron la vuelta.

Esa fue la única vez que hablé con ellos.

Desde entonces los veía solos en el patio y los dejaba en paz. Los veía como todos en la escuela, desde lejos y sin hablarles, pero yo era el único que sabía que su aparente aislamiento era eso, aparente. En realidad ellos vivían rodeados de millones y billones de amigos que encontraban en los sitios más impensables: en los renglones de un cuaderno, en los botones de una camisa, en los cuadritos del saco de su papá, en la barba de alguien que no se rasuraba, en los agujeros de un cedazo, en los pelillos que brotaban de una nariz.

Recuerdo que mientras yo los observaba a distancia, recaía en una idea que se iba volviendo obsesiva.

- ¿Será que exista un número con el cual nunca se hayan topado hasta ahora? ¿Un número que no conozcan en "persona", o sea que no hayan encontrado todavía en las plumas de un pájaro, ni en los granos de arroz de una paella, ni en las sombras de hojarasca que las ramas de un árbol ponen a bailar en el suelo?

La respuesta no tardó en llegar. Aquella vez fuimos al museo. El colegio rentó cinco autobuses para que no faltara un solo alumno a la visita. Era un museo de ciencia y tecnología, con muchos aparatos, con muchos fenómenos físicos cada vez que alguien ponía a funcionar una causa con un botón, y seguramente con más efectos de los previstos porque de buenas a primeras se provocó un incendio, se accionaron las alarmas y todos fuimos evacuados.

Yo creo que nuestro maestro tuvo una intuición. Se rascó la cabeza por encima de la boina verde hasta que acabó de decidirse. Llamó a los gemelos, los ayudó a subirse al cofre del autobús y de allí los llevó hasta el techo.

– ¿Cuántos?- preguntó.

Los gemelos nos vieron desde el toldo amarillo. Desde allá arriba habremos parecido muñecos o algo semejante. Habrán visto sobre todas nuestras cabezas. O más bien nuestras cabelleras de todos colores, negras, castañas, rubias, lacias, cortadas casi a rape, quebradas, algunas más brillantes que otras; todas moviéndose como un mar de pelo. Y aun así solo nos miraron un instante, luego se vieron entre sí y gritaron:

– Doscientos diecisiete.

Todos nos quedamos pasmados y sumidos en un silencio absoluto.

El maestro saltó del toldo al cofre y del cofre a la calle, y corrió hasta donde estaban los bomberos.

Mientras tanto los gemelos se mantenían erguidos en el techo del autobús mostrando una sonrisa radiante que nadie de nosotros conocía.

Creo que yo fui el único que sospechó y el único que supo después el porqué de esa sonrisa.

Los gemelos acababan de conocer un nuevo número. Nunca antes se habían topado en persona con el número 217, y ahora, nosotros, todos los alumnos de la escuela juntos, acabábamos de convertirnos en ese número que de allí en adelante sería su amigo. Todos seríamos para siempre su 217. Bueno, todos excepto ellos mismos, que estaban en el toldo del camión y no se podían sumar al racimo de alumnos, y el niño de quinto año que salió pálido del museo flanqueado por un par de bomberos, porque se había quedado encerrado en una de las salas de la planta alta.

Después se acabó el año escolar y los gemelos no volvieron para el siguiente grado. Creo que se mudaron de país o de ciudad.

Ahora, cuando veo un número en el calendario o en el billete de lotería o en el encabezado de un periódico, suelo pensar si ese número no será para los gemelos la cantidad de nubes que alguna vez habrán visto desde la ventanilla de un avión o un cardumen de peces contemplado en alguna costa del Caribe o el número de sonrisas que seguirán recibiendo de vez en cuando ante alguna de sus hazañas.

Lo que sí puedo afirmar es que desde el incendio, yo los comprendí. Cuando encuentro la cifra 217 escrita en algún sitio...

217

siempre nos veo a nosotros mismos, a toda la escuela, en aquel día del museo.

Y cuando me topo con el número dos...

2

cosa que sucede más a menudo, siempre los veo a ellos: los gemelos que tenían un millón de amigos. Y no puedo evitar saludarlos con mis cinco palabras de siempre, veintidós letras en total, nueve de ellas para mi propio nombre.

– Hola, yo me llamo Francisco.